

Capítulo Siete

¿Qué Quiere Dios que Hagamos?

Hemos visto que tanto la Iglesia como la Derecha Cristiana han fallado en comprender y satisfacer las necesidades de nuestra generación. Hemos fracasado en ofrecerle una visión compasiva y dinámica a nuestras familias, a nuestro vecindario, a nuestra nación –una visión de justicia y probidad para todos los ciudadanos, facultada por la compasión amorosa de Dios y ejecutada a través de la obediencia a Dios en el servicio a nuestro prójimo.

Trágicamente, si la visión de Dios para la humanidad se presenta con toda claridad desde el púlpito en muchas de nuestras iglesias evangélicas de hoy, se recibiría con un silencio ensordecedor. La mayoría de las congregaciones pensarían que es una “bonita visión”, una visión que otra persona la ejecutaría. Sin duda que se establecería un “comité de visión de la iglesia” y se le encargaría al acostumbrado grupito de voluntarios cansados implementar algunos nuevos programas de servicios para representar a la iglesia como un todo.

En otras palabras, la mayoría de los cristianos –al ver la visión de Dios para el hombre, al escuchar el llamado de Dios al servicio compasivo-naturalmente suponen que es trabajo del pastor, de los mayores, de los diáconos o de los “activistas” a ejecutar, ¡cualquiera, menos nosotros!

El Servicio no es una opción

Para el cristiano promedio –a quien desde el día de su conversión nunca se le ha enseñado nada diferente- el servicio es claramente optativo. Podemos decidir servir –o podemos no hacerlo-, dependiendo de nuestro programa, nivel de talento o energía, o de nuestra disposición general.

Desgraciadamente, a esos cristianos les espera un despertar muy rudo el Día del Juicio Final, si no antes. La Biblia enseña en los términos más claros y simples que el servicio no es optativo. La Biblia no nos presenta el lujo de escoger ser cristiano “espirituales” obedientes o cristianos “carneles” desobedientes. Se nos llama a hacer todo lo posible para obedecer a Cristo, si lo amamos (San Juan 14:24).

Por supuesto que, como hemos visto, muchos pastores han evitado confrontar sus rebaños con este “mensaje fuerte”, temerosos de que algunos se descarrien hacia otro “pastor menos exigente”. La mayoría de nosotros preferiríamos sólo escuchar que Dios nos ama y que quiere bendecirnos, en contraposición a que Dios nos ordena a su vez amar y bendecir a los demás.

Hemos adoptado una teología de “pistolero a sueldo”. Nosotros les pagamos a otros –como a nuestro pastor o a ministros de la televisión- para que cumplan con nuestras obligaciones cristianas, a fin de que podamos proseguir con nuestra propia agenda egoísta inalterada. ¿Cuál es el propósito de una vida cristiana, su vida? ¿Solamente “sobrevivir” e ir al cielo? ¿O si usted es muy talentoso o muy afortunado, “llevar una buena vida” y luego ir al cielo? ¿De todas formas, de qué trata toda nuestra vida? ¿Tiene Dios un plan específico precisamente para su vida?

Si vamos a ejecutar la grandiosa visión discutida en el Capítulo 6, debemos movilizar a toda la iglesia, a cada uno de los cristianos, no solamente a algunos activistas. Así que debemos preguntarnos: ¿Tenemos nosotros como cristianos un mandato claro e inequívoco –sin alternativa- de parte de Dios para servirles a los demás a través de la acción política o social?

Si un mandato como ese, tal como lo aprendimos de la manera difícil en la Derecha Cristiana, es imposible movilizar a iglesia. Siendo lo que es la naturaleza humana, la mayor parte de la gente siempre optará por la “paz” o la “evasión” en vez del involucramiento o la confrontación. La mayoría dejará que otros lo hagan, en vez de perder su propio tiempo precioso y energía.

De tal manera que ahora debemos descubrir de una vez por todas si Dios espera que le sirvamos a los demás o si el único propósito de Dios para nosotros es que nos salvemos, que nos tornemos “espirituales” y que vayamos al cielo.

Amando a Nuestro Próximo

Entonces, ¿qué es lo que Dios realmente quiere que hagamos? Felizmente para nosotros, no es ningún misterio porque El no dice con toda claridad. Es “amar a nuestro prójimo” (ver San Mateo 22:39).

Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús cuál era el más importante de todos los mandamientos de Dios, El contestó:

“Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amaras a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas. (San Mateo 22:37-40). El mandamiento de Cristo para que nosotros amemos a los demás llegó a conocer como el “segundo grande mandamiento”.

*¿Y quiénes son nuestros prójimos? Tal como Richard Lovelace lo declara en *Renewal as a Way of Life* (Renovación como modo de Vida).*

Por lo tanto el amor al prójimo es mucho más amplio que lo que parece ser al principio. En este siglo, la transmisión televisada nos hace vecinos de todos los desdichados de la tierra.

Un amor expresivo y activo para todos los hombres es uno de los principales mandamientos para nosotros como cristianos a través del Nuevo Testamento. “Este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros” (1ra de Juan 3:11).

- *En 1ra Corintios 13:1-3 Pablo nos dice que todos los otros dones espirituales son vacíos si no actuamos por amor.*
- *Santiago 2:8, nos dice que el amor es la “Real Ley Suprema, la fuente de todo hombre que gobierna”.*
- *En Efesios 5:1, el Apóstol Pablo dice: “Sed imitadores de Dios... andad en amor”.*
- *En San Juan 13:34-35, Jesús nos manda a “amarnos unos a otros... en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros”.*

La tragedia de nuestra Iglesia es que el mandato de Cristo a “amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos” es uno de los mandatos de la Biblia más mal entendidos y eso es una doble farsa, puesto que Jesús lo deja esmeradamente claro que “no hay ningún mandamiento más grande”.

¿De qué estaba hablando cuando Jesús nos dijo que amáramos a nuestro prójimo? ¿De amor romántico? Obviamente que no. ¿Sería de alguna forma teórica -indefinible, misteriosa- de amor abstracto, que es lo que la mayoría de nosotros pensamos que El quería decir, si es que alguna vez pensamos acerca de eso? ¿O es que Cristo nos enseñaba un amor activo, una acción compasiva exigente, servicio y –claro que sí- aun el sacrificio?

El Amor en Acción

¿Cómo podemos “amar” a otros cuando no estamos muy seguros cómo nos amamos a nosotros mismos? La respuesta es que el amor es acción, no una idea. Nos amamos a nosotros mismos cuidando de nuestras propias necesidades, y así es cómo le debemos servir a otros. El famoso escritor cristiano A.W. Tozer explicaba que el amor es la buena voluntad para servir, para satisfacer las necesidades de otro:

... Seguramente que el amor emocional no estaba en la mente de Cristo cuando le dijo a su pueblo que amara a Dios y unos a otros.

Pero el amor que Jesús introdujo no es el amor del sentimiento; es el amor dispuesto, la tendencia de la voluntad del corazón.

En su comentario sobre 2da de Pedro 1:7, la NIV Study Bible (Biblia de Estudio NIV) define el amor como una “actitud desinteresada, expansiva, que lo conduce a uno a sacrificar por el bien de otros”.

¿Podríamos convencer a nuestra pareja, a nuestros hijos, a nuestros padres que los amábamos si nunca nos hicimos cargo de ellos, nunca les ayudamos, nunca realizamos ningún servicio útil para ellos? ¡Claro que no! Después de un corto tiempo, nuestra profesión de “amor” por ellos se vería como una charada hueca, en el mejor de los casos y –en el peor- una herramienta de manipulación egoísta de los sentimientos de otros. ¿Es acaso extraño que la persona corriente, cuando se confronta con el riguroso contraste entre el supuesto amor de un cristiano por toda la humanidad y nuestra vergonzosa falta de servicio, nos vea a todos como hipócritas?

La Lección del Buen Samaritano

¿Existe un papel modelo que Dios haya producido para nosotros? Veamos a San Lucas 10 y probemos al Buen Samaritano:

En una ocasión, un intérprete de la Ley se levantó y dijo para probarlo: “Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”

¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?

El contestó: “Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.”

“Bien has respondido”, respondió Jesús. “Haz esto y vivirás”.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”

Respondiendo Jesús dijo: “Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, le hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo. Pero un samaritano que iba camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido en misericordia. Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuídamelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”.

“¿Quién, pues de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”.

El intérprete de la ley respondió: “El que usó de misericordia con él”.

Jesús le dijo: “Ve y haz tú lo mismo”.

Observen que Jesús estaba contestando una pregunta de suprema importancia –cómo obtener la vida eterna. Su respuesta no fue asistir a la iglesia con mayor religiosidad o abstenerse de algún vicio en particular. Su respuesta fue amar a Dios totalmente y amar a nuestro prójimo. La parábola demuestra cuidadosamente la importancia de asumir responsabilidad por los necesitados.

Dios es un Dios de acción y nosotros debemos ser sus instrumentos físicos a través de los cuales El actúa. Es por eso que Cristo, al final de su enseñanza sobre el Buen Samaritano nos manda a “ir y hacer lo mismo”. A nosotros nos corresponde hacer lo que hizo el samaritano y ayudar a los necesitados, a los que otros desechan o pasan por alto.

El verdadero amor bíblico significa interesarse y hacerse responsable de todas las criaturas de Dios. La verdadera justicia que se ejecute en el amor a Dios le servirá tanto a los ricos como a los pobres. Todas las personas están en necesidad de recibir el amor de Dios a través de nosotros, sin que importe el estatus.

Por tanto, no es posible que podamos perder nuestro propósito en la vida dado por Dios. Cristo claramente esboza lo que El espera de nosotros, en la parábola de la vid (ver San Juan 15:1-17). Cristo explica que debemos extraer de su fuerza para producir fruto (resultados). ¿Cuál es la naturaleza del fruto que debemos producir? “Amarnos unos a otros...” (Versículo 12 y 17).

Cristo explica en el versículo 13 que este concepto de amor nos obligará a “poner nuestra vida” puede significar sacrificar nuestras energías, nuestro dinero, nuestro tiempo, nuestros ratos de ocio, nuestro futuro, las cosas que conforman nuestra vida. The Living Bible expresa la enseñanza de Cristo sobre la necesidad de sacrificar nuestra vida de esta manera:

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará” (San Lucas 9:23-24 TLB).

Lo sorprendente –y en cierto modo inquietante- acerca de la enseñanza de Cristo aquí es que insistimos en “salvar nuestra propia vida”, nuestras propias prioridades y comodidades, realmente perderemos

nuestra vida. Solamente cuando voluntariamente perdemos nuestra vida, para servir activamente a Dios y sus prioridades, es que verdaderamente logramos la vida espiritual.

El Fruto del Cristiano

La parábola de la vid nos enseña que motivados por el amor debemos producir “fruto”. De tal forma que nos preguntamos: ¿Qué es fruto, a todo esto? Si no podemos comprender lo que fruto significa en nuestro mundo cotidiano de trabajo diario, nunca estaremos en capacidad de cumplir con nuestro llamado como cristianos. Nunca nos podrá utilizar Dios para hacer de su visión para nuestras vidas una realidad; y en consecuencia, nunca nos sentiremos realizados o efectivamente productivos. Más bien nos sentiremos incompletos, incompetentes e impotentes, tanto como cristianos así como individuos.

Por consiguiente, ¿qué es fruto? Es la evidencia del poder, del amor y compasión de Dios que fluye a través de nosotros, cambiándonos gradualmente y –entre otras cosas- conduciéndonos a tener compasión de los demás y servirles.

En la Biblia, Dios ha hecho todo lo posible para repetir este mensaje crucial:

Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Galatas 5:13-14). Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras (Hebreos 10:24).

En respuesta a todo lo que El ha hecho por nosotros, superémonos entre sí para ser útil y bondadosos los unos a los otros y en hacer el bien. (Hebreos 10:24 TLB).

Nadie busque su propio bien, sino el del otro. (1ra Corintios 10:24).

Producir el “fruto” de Cristo significa que no sólo debemos crecer en comprensión y madurez cristiana, sino que –al crecer la “mente de Cristo” dentro de nosotros- debe derramarse de tal forma que impacte a los que están en nuestro derredor.

Así podréis andar como es digno del Señor, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios... (Colosenses 1:10).

Nuestros actos de servicio realmente completan nuestra fe, significando que sin servicio como evidencia de nuestra fe nuestra vida cristiana nunca madurará ni estará llena ni “Completa”.

El servicio es una señal del cristiano serio, que madura. Una manera de distinguir a un adulto espiritual de un niño espiritual es que un adulto produce más de lo que consume. Ellos dan más de lo que toman. Mucha de la enseñanza del Nuevo Testamento es para ayudarnos a convertirnos en cristianos maduros. Nos salvamos, pero eso no puede ser el final de la historia. Nuestra salvación, que es a través de nuestra fe en Jesucristo y por la gracia de Dios, también debe manifestarse por nuestros actos.

¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras?... Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. (Santiago 2:22-24 TLB).

Dios es bastante específico acerca de qué clase de servicio o fruto El tiene en mente para nosotros:

El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano?... Si das tu pan al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía. (Isaías 58:6-7, 10).

La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo. (Santiago 1:27).

Aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. (Isaías 1:17).

Por haber tanto malentendido y confusión en la iglesia actual con respecto al fruto y el servicio, es importante que reconozcamos lo que no es fruto, así como también lo que sí es. En otros términos, debemos saber cómo reconocer lo genuino y no dejarnos engañar por su imitación.

Imitación de Fruto

Por demasiado tiempo hemos tratado de servirle imitación fruto a una sociedad que está hambrienta de alimento verdadero. En el proceso nos hemos convertido grandemente en un remedio de Iglesia que produce imitación de cristiano cuyo fruto de imitación una nación que no religiosa –que a menudo puede distinguir mejor que nosotros la diferencia entre el fruto artificial y el verdadero les tira de regreso a la cara. Dios previó con claridad nuestra tendencia a producir fruto de imitación:

Pero el que tiene bienes en este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (1ra Juan 3:17-18).

Se hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. (Santiago 1:22).

La Fe No Es Fruto

Tal vez uno de los errores más serios que hemos cometido como evangélicos es confundir la fe con el fruto. ¡Creemos en los principios de la fe! ¡Y nuestra fe se incrementa a través de más estudio, reuniones y oración! Por lo tanto creemos que estamos completos. Seguramente no necesitamos hacer nada más. Este falso concepto, que ha cautivado a tantas de nuestras iglesias –y debido a eso las ha colocado en una línea secundaria de impertinencia- es precisamente lo opuesto a lo que enseña la Biblia:

Hermanos míos, ¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿De qué aprovecha? Así también la fe, sino tiene obras, está completamente muerta... ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta? (Santiago 2:14-17,20).

Nosotros sabemos que la fe en Jesucristo –como nuestro Salvador personal- es nuestra única puerta hacia la salvación. Pero lo que nuestro creador también está tratando de decirnos –si es que realmente escuchamos- es que todos nuestros reclamos de fe se tornan inútiles y necios si no hay testimonio de obras. Cristo como salvador también debe significar Cristo como Señor. Cuando Cristo es el Señor de toda nuestra vida, nuestro tiempo, nuestra energía, nuestra riqueza, pondremos esto en evidencia obedeciendo sus mandamientos. Produciremos fruto. Seguiremos el ejemplo de Cristo sirviéndoles a los demás.

Esta es una verdad difícil que no queremos escuchar. Pero la creencia o “Fe” verdadera siempre se manifiesta en las obras. Creemos que si no respetamos los deseos de nuestra pareja o de nuestro patrón pronto estaríamos en problemas. Actuamos como corresponde. Al mismo tiempo, manifestamos que creemos en la obra de Dios, afirmamos que tenemos “fe” y sin embargo no tenemos obras con qué probarlo.

No amemos de palabras ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (1ra Juan 3:18).

Lawrence Richard, erudito bíblico y profesor de teología en la Wheaton Graduate School, señala que nuestros antiguos padres de la Iglesia del Nuevo Testamento sostenían una posición mucho más fuerte sobre el servicio que lo que nosotros pudiéramos soñar en la actualidad.

En un sermón entregado en el siglo primero, Clemente argumenta que la fe debe resultar en buenas obras. Alguien que le sirva a Dios guardando sus leyes se salvará, pero alguien que transgreda los mandamientos de Cristo incurre en castigo eterno. Nada puede salvar a una persona “si se nos encuentra que no tenemos obras justas y santas”. Este punto de vista es común en los padres apostólicos que vivieron a finales del siglo primero y principios del segundo.

¿Por qué nuestros antiguos padres de la Iglesia estaban tan interesados en las “obras justas” Quizás ellos –también- vieron los hechos como evidencia de fe verdadera, la diferencia entre un asentamiento puramente mental –la “decisión por Cristo”- y una conversión de cambio de vida.

Los Actos Religiosos No Son Frutos

La trampa más común en la que caemos es pensar que nuestros actos de piedad personal o práctica religiosa sustituyen el servicio. Nuestra herencia fundamentalista con demasiada frecuencia ha sido resumida a exclusiones religiosas o lemas como “no fumamos, ni bailamos, ni bebemos, mascamos ni andamos con gente que sí lo hace” hasta la exclusión de obras de servicio. Desafortunadamente, en nuestro celo por la piedad personal, hemos logrado omitir a Dios porque el servicio no se puede reemplazar con ejercicios religiosos, ofrendas especiales, nuestros sacrificios, ayuno ni aún la oración. Por supuesto que el servicio debe estar basado en estas cosas, pero no se puede sustituir con ninguna de ellas.

Proverbios 21:3 nos dice que nuestra búsqueda de justicia y juicio es más importante para Dios que los “sacrificios” religiosos que podemos hacer como parte de nuestra rutina normal de la Iglesia.

Hacer justicia y juicio es para Jehová más agradable que el sacrificio. (Proverbios 21:3).

En Isaías 58:4, Dios claramente nos dice: “... no ayunéis como lo hacéis hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto”. ¿Porqué? Porque Dios busca más que la oración y el ayuno. Isaías nos dice que Dios busca actos de servicio como evidencia de nuestra sinceridad y fe. En Isaías 58:6, Dios dice que la forma de ayuno que El prefiere es el servicio: Establecer Justicia, liberar a los oprimidos y encargarse de los pobres y hambrientos. Esto no es para negar que Dios también favorece el ayuno -¡porque es cierto que lo favorece!- Lo que El quiere que evitemos es “sólo forma, sin

sustancia” o “sólo palabras, sin acción”. Él nos pide que seamos cristianos maduros, completamente integrados.

John Stott tiene un excelente comentario sobre nuestra tendencia a sustituir los ritos religiosos por la obediencia:

Con frecuencia, nuestro Dios es demasiado pequeño porque El es demasiado religioso. Nos imaginamos que El está principalmente interesado en la religión, en edificios religiosos (iglesias y capillas), en actividades religiosas (culto ritual) y libros religiosos (la Biblia y libros de oración. Desde luego que El está interesado en estas cosas, pero solamente si están relacionadas con la vida en su conjunto. Según los profetas del Antiguo Testamento y las enseñanzas de Jesús, Dios es muy crítico de la “religión”, si eso significa servicios religiosos divorciados de la vida real, del servicio amoroso y la obediencia moral del corazón.

No es de extrañarse que nuestra nación, en la búsqueda de fruto verdadero –visión, respuesta, compasión y servicio- haya rechazado tanto a la Derecha Cristiana como a la iglesia.

En vez de escoger ser obedientes a los mandamientos de Cristo de “amar a nuestro prójimo” y “perder nuestras vidas”, en vez de seguir las instrucciones de la Biblia para probar nuestra fe a través del servicio, escogimos replegarnos en la devoción personalizada y el cristianismo individualizado. En vez de ofrecernos como “sacrificios vivos” para servirle a nuestro semejante y por lo tanto darle testimonio del amor de Dios a través de nuestro servicio y compasión, escogimos el sendero de menor resistencia. Encontramos que era más fácil declararnos “moralmente superiores” por nuestra abstención de vicios físicos obvios ¡y sencillamente condenamos al infierno a todos aquellos a quienes éramos demasiado perezosos para ayudar! Con razón tantos estadounidenses le han dado la espalda a la iglesia o a aquellos que, como la Derecha Cristiana, representaban una “agenda cristiana”.

El sentirse espiritualmente superior mientras “se reprende a los pecadores” no era el modelo que Cristo estableció para nosotros. En realidad, es más bien lo contrario, como declara Lovelace:

Pero los ataques de Jesús a la pretensión y corrupción religiosa están en fuerte contraste a su misericordia y bondad al tratar con las formas de pecado que están públicamente desacreditadas. Una de las cosas que despertaba la hostilidad de espectadores ortodoxos era su asociación pública con parias religiosos y morales. La religión egoísta de sus críticos invertía su energía en la construcción de fachadas espirituales para apaciguar sus conciencias o atraer admiración. Jesús estaba interesado más bien en auxiliar en la

necesidad humana e ir donde había un sentido de pecado, en vez de una falsa justicia.

En verdad, es la iglesia la que le dio la espalda a los Estados Unidos al escoger el pietismo personal por encima del dar testimonio a través del amor, la compasión y el servicio.

En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. (San Juan 15:8).

Cuando la Derecha Cristiana intentó convencer al público estadounidense de que nosotros teníamos sus mejores intereses de corazón, sencillamente ellos no lo creían. El público quizás no comprendía con claridad en qué estaban realmente interesados los cristianos, pero ellos indudablemente sospechaban que no estábamos interesados en servirles. Nuestras acciones se desperdician si las acciones apropiadas son motivadas por actitudes impropias. Si somos condescendientes, con aires de superioridad, engreídos o juzgadores, la gente nos castigará. Y deben hacerlo. Si vamos a representar a Cristo, debemos servir con amor, compasión y humildad.

La Revelación Personal

Una de las principales debilidades de la Derecha Cristiana era que carecíamos de un mandato “no optativo” para exigir que los cristianos sirvan. Cuántas veces me sentí tan inadecuado de pie tras el púlpito, implorándole a la gente que se involucrara, sabiendo que solamente unos cuantos se mostrarían capaces de enfrentar el reto. Yo sabía que algo hacía falta. Yo sabía que recitar la acostumbrada letanía del aborto, la pornografía y otros “cuentos de horror” no era suficiente para mantener a la gente en un compromiso a largo plazo para restaurar la justicia y la rectitud en su comunidad.

Yo sabía que necesitaba una manera de movilizar su tiempo, energía y devoción, no de ninguna capacidad de oratoria ni de la manipulación emocional, sino de Dios que les tocara el corazón. Yo sabía que debe haber una manera de decir: “Cristo dispone que ustedes hagan esto, no hay ninguna opción”. Yo sabía que toda mi lógica, razón de ser y argumentos podrían verse por lo que eran: apenas la opinión de un hombre.

Cierta noche de abril, del año 1985, yo estaba de rodillas orando en mi cuarto de hotel antes de ir a predicar en una zona de iglesia de las más importantes de la ciudad de Washington D.C. Me sentía tan vacío, como si no tuviese nada realmente de valor que compartir. Esa noche, aunque mi mensaje fue recibido entusiastamente, yo prometí solamente no predicar de nuevo hasta que el Señor me diera su mensaje, en vez de mi lógica.

Yo tuve que esperar ese mensaje por casi dos años. En el mes de Marzo de 1987, me había alojado por una semana en una pequeña hostería campestre situada en un elevado risco encima de tormentosos mares invernales del yermo costero californiano. Yo estaba desesperadamente buscando a Dios, orando, escudriñando las Escrituras, esperando las directrices del Señor.

Y entonces –de una forma enteramente fenomenal- Dios comenzó a dirigirme a las Escrituras, docenas, luego cientos, todas sobre el servicio. En ese tiempo no entendía por qué, pero pasé cinco horas continuas tomando apuntes sobre lo que leía. Posteriormente, esos apuntes se convirtieron en la base para una nueva visión que me nació en el corazón y que sirvieron para gran parte de este libro.

Dios honró la promesa de uno de mis salmos favoritos el 37:4 que dice: “Deléitate asimismo en Jehová y él te concederá las peticiones de tu corazón”. El me estaba dando el mensaje que yo tanto había deseado desde aquella noche de rodillas, dos años atrás.

El no solamente me reveló vigorosamente su enseñanza sobre el servicio, sino que yo vi con claridad que el servicio “no era optativo”. Finalmente, yo tenía el “arma” que tanto deseaba, la espada de la verdad para atravesar la apatía de la “iglesia” y su premeditada negligencia de su obligación para insistir que todo cristiano debe estar activo en alguna forma de servicio –no necesariamente político.

El Servicio No Es Optativo

La única opción que tienen los cristianos no es si servir a nuestro semejante o no, sino si obedecer a Cristo o no. Realmente tenemos la opción de ser desobedientes y cosechar las consecuencias en nuestras vidas y en nuestras familias. En San Juan 14:24, Jesús nos dice que “El que no me ama no guarda mis palabras”. Y en 1ra de Juan 5:1-3 se nos dice que si amamos verdaderamente a Dios y somos hijos de Dios, amaremos a todos los hijos de Dios y guardaremos los mandamientos de Dios, incluyendo sus mandamientos de cuidar a los demás.

El servicio no es optativo porque se nos manda servir y se nos manda ser obediente a los mandamientos de Dios. En caso que se nos haya escapado el mensaje, Cristo lo deja claro en sus parábola de la vid, donde nos dice qué esperar si no producimos fruto: “Todo pámpano que en mí (Cristo) no lleva fruto, lo quitará” (San Juan 15:29).

Para que no se crea que esta sea una acerba interpretación o un ejemplo aislado, el “buen Jesús” es aún más explícito en su parábola sobre las ovejas y los cabritos, en San Mateo 25. Las implicaciones de esta parábola son verdaderamente aterradoras para los que el servicio es “una opción”. Cristo nos dice con bastante claridad que aquellos que no le sirven

al necesitado ni al oprimido no le sirven a Cristo. En el versículo 45, Cristo proclama: "... en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis". Luego, El nos advierte: "La consecuencia de esta dureza de corazón es que irán estos al castigo eterno"(ver versículo 46).

¿Habla Jesús realmente en serio? ¿Realmente nos castigará Dios? ¿Puedo sugerir que cuando uno de los mensajes centrales del Antiguo y Nuevo Testamento es amar a nuestro semejante, servir y cuidar de otros y ser obediente a Dios, con qué derecho decidimos que Dios no habla en serio? A decir verdad, Juan el Bautista –en San Lucas 3:4-11- nos dice que el prepararnos para el reino de Cristo, debemos producir fruto, definido en el versículo 11 como ayudarle a otros. En el versículo 9, Juan el Bautista emite una advertencia que no podemos darnos el lujo de desatender:

"... todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego".

Dios no está bromeando. Si el servicio no fuese imperativo para nosotros no estaría en la Biblia, ¡mucho menos que se repitiese en casi todos los libros! Escogemos ser desobedientes a gran riesgo para nosotros mismos.

Si todavía usted no está convencido del juicio de Dios sobre aquellos que no producen su fruto, lea el capítulo quinto de Isaías. Me temo que sea una descripción pavorosamente exacta de la condición en que se encuentra nuestra nación actualmente.

Creados Para El Servicio

Una buena pregunta para que nos hagamos en esta coyuntura es por qué Dios es tan serio acerca de que nos sirvamos unos a otros. La respuesta es muy sencilla: Es lo que Dios nos creó para que hiciéramos. "Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas" (Efesios 2:10).

*Tal como lo observa Carl Henry en *The Christian Mindset in a Secular Society*:*

La Escritura "prepara enteramente" al pueblo de Dios "para buena obra" (2da Timoteo 3:17). La prioridad Cristiana es la necesidad de conocer la voluntad revelada de Dios, la cual –junto con otros imperativos bíblicos dados- incluye los principios divinamente estipulados de ética social.

Fundamentalmente, Cristo murió por nuestros pecados. Pero uno de los resultados de su sacrificio y nuestra consiguiente justificación es nuestra perspectiva modificada hacia el servicio: "...Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14).

Word Meanings in the Old Testament (Significado de Palabras del Antiguo Testamento) comenta sobre Romanos 8:29: "...a qué estamos predestinados? No a la salvación eterna, como a menudo se reclama". El texto dice: "para que fueran hechos conformes a la imagen de su hijo".

Si se nos hace conforme a la imagen de Cristo, ¿no significa eso que necesitamos seguir su ejemplo de servir a los demás? Lo que escribe Pablo en Romanos 7:4; parecería que concuerda: "Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios", es decir buenas obras para Dios (TLB).

Quizás Juan Calvino, quien junto con Martín Lutero, fue la fuerza motriz de la Reforma Protestante de la cual derivamos nuestros credos protestantes actuales, lo resumía mejor. Calvino creía que Cristo nos había liberado de la esclavitud del pecado a fin de que pudiéramos estar disponibles para servirle a Él... y a nuestro prójimo.

Ahora debemos re-descubrir la visión de Dios para el servicio y comprometernos a obedecer su propósito para nuestras vidas. Nosotros debemos recobrar la gloria de la iglesia Cristiana histórica de los días de los apóstoles a través del siglo XIX, la iglesia que escogió la obediencia por encima de la abstinencia, el servicio por la negligencia, el involucramiento por encima de la apatía. Como nota Scott:

Motivados por el amor a los seres humanos necesitados, los antiguos cristianos iban a todas partes predicando la palabra de Dios porque nadie tiene tanta influencia humanizadora que el Evangelio. Posteriormente, ellos fundaron escuelas, hospitales y refugios para los parias. Luego, ellos inclusive abolieron la trata de esclavos y liberaron a los esclavos y mejoraron las condiciones de los trabajadores de los molinos y las minas y de los prisioneros. Ellos protegían a los niños de la explotación comercial en las fábricas de Occidente y de la prostitución ritual en los templos de oriente.

En resumen, tenemos un claro mandato no optativo de producir fruto amando (cuidando) a nuestro semejante, y esto significa servirles a los demás.

¿Qué Hay en Cuanto a la Evangelización?

Antes de continuar, necesito abordar este tema para que no se me acuse de pasar por alto la "Gran Comisión" para discipular las naciones. Precisamente, lo contrario es cierto. Ante todo, aquellos que activamente dan testimonio en nombre de Cristo obviamente que prestan servicio. En segundo lugar, el servicio es una forma sumamente poderosa de dar

testimonio o de complementar nuestro testimonio: “¿Porqué me ayuda usted?” “Por Cristo”. “Yo miro que usted le ayuda a los demás, ¿porqué hace usted eso?” “Por Cristo”.

Cristo dijo que nuestras buenas obras dirigirá a las personas hacia Dios:

Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (San Mateo 5:16).

En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos (San Juan 15:8)

Si realmente queremos que los demás vean a Cristo en nosotros, a fin de que ellos valoren nuestra experiencia cristiana y quieran compartirla, Cristo nos dice cómo:

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (San Juan 13:35).

Si el propósito de Dios para su iglesia es dar testimonio de su presencia en el mundo, ¿cómo debemos hacer eso mejor? ¿Contando historias interesantes? ¿Asustando a la gente acerca de la condenación a castigo eterno? ¿Vendiendo pasaje al cielo? ¿O demostrando la presencia de Dios en nuestras vidas a través de servicio de sacrificio?

El servicio y la evangelización deberían ir mano a mano. Es por eso que los delegados reunidos en el Congreso Internacional de la Evangelización Mundial, en la ciudad de Lausana, declararon:

...nosotros expresamos penitencia tanto por nuestro descuido como por haber algunas veces considerado la evangelización y el interés social como mutuamente exclusivos.

Los resultados de la evangelización incluyen la obediencia a Cristo, la incorporación a su iglesia y el servicio responsable en el mundo.

La salvación que reclamamos debería transformarnos en la totalidad de nuestras responsabilidades personales y sociales. La fe sin obras es muerta.

Si nuestra fe y nuestra experiencia de conversión es verdadera, aplicaremos lo que creemos. ¡Las creencias deben tener consecuencias, resultados, acción! El verdadero cristianismo debe traducirse en amar a nuestros semejantes a través del servicio y la abnegación, como lo manda Cristo.

Pero la meta de la auténtica espiritualidad es una vida que escapa del círculo cerrado de la autocomplacencia espiritual o inclusive de la auto superación, hasta llegar a enfrascarse en el amor a Dios y a las demás personas. Porque la esencia de la renovación espiritual es “el amor de Dios...derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Romanos 5:5 NASB).

Ahora que comprendemos que Dios nos ha llamado a servir, la pregunta sigue siendo: ¿Constituye servicio el involucramiento político? Lo averiguaremos en el siguiente capítulo.

NOTAS

1. Richard F. Lovelace, *Renewal as a Way of life* (Downers Grove, Illinois: Inter. Varsity Press, 1985), p.39
2. Citado en DeVern Fromke, *Unto Full Stature* (Cloverdale, Indiana: Sure Foundation, 1964), p.150
3. Barker, p. 1899
4. Citado en Larry Richard, *Dictionary of Bible Truths* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1987), p.160
5. Stoot, p. 36-37
6. Lovelace, p.117
7. Carl F. H. Henry, *The Christian Mindset in Secular Society* (Portland Oregon: Multnomah Press, 1984), p.100
8. Ralph Earle, *Word Meanings in the New Testament* (Grand Rapids, Michigan: Baker Book House, 1982), p.1983
9. Wilhelm Niesel: (traducido por Harold Knight), *The Theology of Calvin* (Grand Rapids, Michigan: Baker Book House, 1980),p.142
10. Stoot, p.42
11. *The Lausanne Covenant* (El Convenio de Lausana), Resolución no.12, Congreso Internacional de la Evangelización Mundial.
12. Lovelace, p.18